



#NiUnaMenos y los debates fundantes en comunicación y género
María Belén Rosales
Con X (N.º 2), e010, octubre 2016. ISSN 2469-0333
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/conequis>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

#NIUNAMENOS Y LOS DEBATES FUNDANTES EN COMUNICACIÓN Y GÉNERO

#NIUNAMENOS AND THE FOUNDING DEBATES IN COMMUNICATION AND GENDER

María Belén Rosales

belen_lanegri@hotmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-9087-1760>

Laboratorio de Comunicación y Género
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

RESUMEN

El artículo propone mapear los tópicos, los escenarios y las modalidades donde los estudios en comunicación y cultura han enriquecido su mirada en torno al valor crítico de la diferencia de género y, de manera inversa, explorar aquellos donde los estudios de género han ganado en especificidad a partir de los enfoques de las investigaciones críticas de la cultura en los estudios culturales ingleses. Los aportes de los estudios culturales y feministas se plantean como contribuciones fundamentales que interrogan el cruce del campo de la comunicación con las epistemologías de género, a la vez que especifica el diálogo con los procesos sociales, políticos y culturales que tuvieron lugar en la Argentina, para indagar desde una perspectiva crítica de la cultura el caso #NiUnaMenos.

PALABRAS CLAVE

comunicación, género, tic, medios

ABSTRACT

The article proposes to map the topics, scenarios and modalities where studies in communication and culture have enriched their perspective on the critical value of the gender difference, and in an inverse way to explore those where gender studies have been able to gain in specificity from the approaches of the critical investigations of the culture in the English cultural studies. The contributions of cultural and feminist studies are considered as fundamental contributions that question the crossing of the field of communication with gender epistemologies, while also specifying the dialogue with social, Political and cultural processes that took place in Argentina, in order to investigate from a critical perspective of the culture the #NiUnaMenos case.

KEYWORDS

communication, gender, ict, media



Esta obra está bajo
una Licencia Creative
Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivar
4.0 Internacional.

Recibido: 14/07/16
Aceptado: 02/10/16

#NIUNAMENOS Y LOS DEBATES FUNDANTES EN COMUNICACIÓN Y GÉNERO

Por María Belén Rosales

En la coyuntura política actual de la Argentina surgen algunos interrogantes para la reflexión crítica en torno a las tensiones, las continuidades y las rupturas respecto de las representaciones de género y de sexualidades en la cultura mediática nacional de los últimos años; en particular, sobre las articulaciones entre sociedad civil y Estado en las propuestas emancipatorias en torno a los derechos socio-genéricos y comunicacionales como historización de un proceso político que encuentra un escenario de sutura, de quiebre y de incertidumbre tras la contienda electoral de 2015.¹

Se vuelve necesario historizar, construir genealogías críticas y elaborar marcos explicativos de los cambios, pero también de las resistencias y de las inercias posibles ante los mecanismos que el Estado ha impulsado en el período 2003-2015 para el abordaje de temas como la definición de políticas nacionales de comunicación que incluyan una perspectiva crítica de género y derechos humanos, la redefinición del rol de las audiencias como actores legítimos en la definición de tales políticas, la responsabilidad social de los comunicadores sociales y la posibilidad de transformación de la cultura de los medios y de las industrias culturales en relación con los modos de representación de los géneros y de las sexualidades.

Estas interpelaciones fueron posibles a partir del umbral de debates públicos que habilitó la discusión en torno a la Ley 26.522 (2009) de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA) –recientemente derogada por decreto presidencial– que contemplaba la inclusión de una perspectiva de género en concordancia con lo dispuesto por la Ley 26.485 (2009) de Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales. En su artículo 6º, esta norma define a la violencia mediática contra las mujeres como

aquella publicación o difusión de mensajes e imágenes estereotipados a través de cualquier medio masivo de comunicación, que de manera directa o indirecta promueva la explotación de mujeres o sus imágenes, injurie, difame, discrimine, deshonre, humille o atente contra la dignidad de las mujeres, como así también la utilización de mujeres, adolescentes y niñas en mensajes e imágenes pornográficas, legitimando la desigualdad de trato o construya patrones socioculturales reproductores de la desigualdad o generadores de violencia contra las mujeres (Ley 26.485: en línea).

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

La experiencia de la Argentina con la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual, creada en 2012 a partir de la LSCA, ha actuado eficazmente en la representación de los reclamos de la ciudadanía en cuanto a objetivos no cumplidos o a derechos vulnerados de esta Ley.

En agosto 2016 se oficializó el anuncio estatal de medidas referidas al campo de las comunicaciones y de la violencia de género: los *17 principios para una comunicación convergente*, anunciados por el Ente Nacional de Comunicaciones (ENACOM) con vistas a la redacción de un nuevo proyecto que regule el sector de las comunicaciones. Estos principios no hacen referencia a un futuro organismo de defensa de las audiencias. Varios de los principios destacan la importancia del pluralismo y de la diversidad de voces, la igualdad de trato y la libertad de expresión. Estas afirmaciones de derechos provienen de la misma gestión que en diciembre de 2015 eliminó mediante decretos de necesidad y urgencia varios de los artículos de la LSCA que limitaban la concentración de medios. Esta concentración, como indican las investigaciones y los estándares internacionales sobre libertad de expresión y regulación de medios de comunicación (emanados de los tratados de derechos humanos y de la interpretación dada por sus órganos de aplicación), suele ser un impedimento para el pluralismo y para la diversidad, condiciones a su vez centrales para la expresión de colectivos habitualmente discriminados de la comunicación, entre otras, por razones de género.

En forma paralela se presentó el Plan Nacional de Acción para la Prevención, Asistencia y Erradicación de la Violencia contra las Mujeres 2017-2019, elaborado por el Consejo Nacional de las Mujeres. En relación con la prevención y con la erradicación de la violencia mediática y simbólica, pareciera haberse desaprovechado la oportunidad de plasmar en el Plan Nacional un compromiso

María Belén
Rosales

más firme para incluir la perspectiva de género de forma transversal en las políticas de comunicación pública, particularmente en el escenario del Proyecto de Reforma, Actualización y Unificación de las leyes de Servicios de Comunicación Audiovisual N.º 26.522 y de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones N.º 27.078 hacia un nuevo marco regulatorio en comunicaciones.

En esta coyuntura nos preguntamos: ¿es posible combatir profundamente la discriminación en un escenario de concentración de medios o estas medidas nos limitan solo a la crítica de contenidos discriminatorios sin la posibilidad de disponer de la palabra para generar nuevas retóricas y narrativas que hagan visibles y que representen la amplia diáspora de identidades sexo-genéricas, de clase y raza? Estos son algunos de los interrogantes que acompañan y que recorren de manera transversal el mapeo de las genealogías críticas en torno a los campos de saber de la comunicación y del género que se proponen aquí a modo de fundamentación de cómo el problema de investigación ingresa en el campo comunicacional. Los aportes de los estudios culturales y feministas y las principales líneas de investigación a las que estas contribuciones dieron lugar en el campo de la comunicación son retomados desde una perspectiva crítica de la cultura.

EL CASO #NIUNAMENOS: REFLEXIÓN ENTRE LOS CAMPOS COMUNICACIÓN / GÉNERO / TIC

Tras darse a conocer en los medios masivos de comunicación argentinos la escalada de femicidios en el país, y al informarse sobre el caso de Chiara Páez (una joven embarazada de 14 años asesinada a golpes, en mayo de 2015, en la provincia de Santa Fe, Argentina) se llegó en el país al colorario de un

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

sinnúmero de otros casos que venían registrándose en los medios de comunicación, muchos de los cuales quedaban impunes. Surgió, así, la invitación a concentrarse en la Plaza del Congreso de la Nación en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en todas las plazas centrales de nuestro país bajo la consigna #NiUnaMenos.

A partir del uso de redes como Facebook y Twitter, utilizadas para difundir información logística y para generar adhesiones de toda la ciudadanía, una multisectorial lanzó la convocatoria que replicó en múltiples medios radiales y gráficos en sus versiones digitales, en tapas impresas de diarios nacionales, en agencias y en canales de televisión de aire. En la página oficial de Facebook #NiUnaMenos, del colectivo de periodistas, de artistas y de activistas de género que impulsaron la convocatoria, pudieron verse en días anteriores a la marcha las gráficas, las adhesiones y los lugares de concentración. La cuenta, creada tres meses antes de la marcha, registró a principios de junio más de 130 mil me gusta, superando los datos de seguidores de la cuenta de Twitter.²

El 3 de junio #NiUnaMenos permaneció varias horas en el primer lugar como tendencia en Twitter en la Argentina y desde las 13 horas se convirtió en tendencia mundial. La consultora de comunicación Webindicios se dedicó a estudiar el temblor de datos que generó la marcha convocada por las redes sociales. Desde su anuncio, el 11 de mayo, realizó un mapeo digital para relevar la información minuto a minuto y lo compartió con GenderIT.org. En total, rastrearon 1,3 millones de internautas que participaban del debate y estimaron que la información fue vista por 7,3 millones de personas, en forma directa en redes sociales y en forma indirecta en los portales de noticias. Según el detalle de 20.799 posteos totales, hubo 400 promedio por minuto. El desglose indica que 25% de lxs usuarixs participaron activamente en la conversación;

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

47% de los mensajes manifestaba apoyo hacia la marcha, 49% trataba sobre igualdad entre géneros y un 4% postulaba críticas a las conductas misóginas y machistas.

La multitudinaria marcha, que congregó a 500 mil personas, se multiplicó rápidamente en 240 puntos del país, donde se registró la creación de 120 cuentas de Facebook bajo el nombre #NiUnaMenos por localidades, de las cuales unas 70 se abrieron en la primera semana de convocatoria. En todos los lugares de la Argentina donde la marcha se volvió rizoma, la cobertura de los medios nacionales, amplificada a través de diversos programas de canales de aire, mostró a miles de personas que con sus teléfonos celulares tomaban imágenes y enviaban mensajes de texto para ubicarse entre la concentración de personas, en lo que constituyó el duelo público de mayor repercusión de las últimas tres décadas, y para pedir en un grito colectivo que terminen los femicidios.

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires el lugar elegido por el colectivo organizador fue el Congreso, un espacio que reviste el resguardo simbólico de la legalidad y de la legitimidad en todo sistema democrático representativo. «No quiero tu piropos, quiero tu respeto»; «Ni ama, ni esclava»; «Basta de princesas indefensas», fueron solo algunos de los miles de carteles que, junto con pancartas que mostraban las fotos de víctimas de femicidio, inundaron la Avenida Rivadavia.

La proclama «Ni una mujer menos asesinada por el hecho de serlo», en un país donde según estadísticas de la ONG La Casa del Encuentro se genera un femicidio cada 31 horas,³ contó con la adhesión de representantes del gobierno, de la política, de la cultura, del espectáculo, de los medios y de ciudadanxs que, en diversos lugares del país, tomaron las calles. En tanto, numerosas



personalidades se sumaron a la iniciativa para pedir #NiUnaMenos y para adherir a la convocatoria al Congreso, mediante la publicación en Twitter de sus fotos con el cartel que portaba la consigna y con una viñeta realizada por el dibujante argentino Liniers.

La imagen con la consigna #Niunamenos que el artista publicó en Twitter fue replicada miles de veces en esa red social a modo de «logo», así como también en Facebook y en Instagram. La ilustración muestra a una niña de tez blanca, bien peinada, que luce una orquilla y un vestido celeste de volados blancos y calcetines en composé. Está sola, con una mano levantada y con un oso de peluche en la otra. La imagen ilustra no solo un modo de inteligibilidad de lo que la consigna ni «una» deja por fuera, en tanto universaliza y borra las diferencias identitarias (étnicas, de clase, de sexualidades disidentes, etc) que se hicieron visibles en la amplia diáspora de identidades y de subjetividades que congregó la marcha. En ese «una» como imperativo de un modo único de ser mujer: virgen, dulce, tierna y femenina, en tanto porta en su cuerpo la performance de la femeneidad heterosexual, la imagen de esa mujer/niña de clase media/alta, blanca, bien situada económicamente y con capital simbólico encuentra en la toma de conciencia de las desigualdades de género, la posibilidad de la agencia, en tanto alza el puño como símbolo de lucha.

La red como posibilidad de enunciación: nuevas y viejas retóricas en tensión

Las consignas que se replicaron en los carteles, en las imágenes y en los posteos que las activistas circularon por Facebook los días anteriores y posteriores a la marcha cristalizaron la violencia física, mediática y simbólica como los

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

modos expresivos por excelencia de la violencia de género en nuestro país. Pero a través de las redes también se hizo manifiesto el cinismo espectacularizante de la problemática captada por la hegemonía mediática; específicamente, por actores reproductores de la violencia simbólica contra las mujeres, como el conductor del *prime-time* Marcelo Tinelli quien ha hecho de la objetualización y de la erotización de los cuerpos feminizados desnudos y de la estereotipia del macho argentino grotesco, depravado y burlón, el escenario de su renovado y masivamente consumido programa Show Match.

En los posteos de la página de Facebook #NiUnaMenos proliferaron las críticas a los usos políticos de la consigna, así como al tratamiento que realizan los medios informativos de los casos de violencia de género desde una posición enunciativa en la que se revelan revictimizaciones y estigmatizaciones que incurrir en violencia mediática y simbólica, desde concepciones patriarcales sobre las expresiones de género y de sexualidad de las niñas y de las adolescentes asesinadas. Otros casos de mujeres asesinadas durante 2015, y los abordajes informativos que las construyeron y las valoraron en tanto «buenas y malas víctimas», fueron repudiados en algunos posteos realizados por feministas activistas en referencia al preocupante efecto formador de subjetividades que esto conlleva. Usuaris activistas compartieron fotos y videos que capturaban la rapiña de los cuerpos femeninos, como operatoria sensacionalista imprescindible para la «pedagogía de la crueldad» (Segato, 2003: 45), que se produce y se reproduce en la cultura mediática argentina. Así, la repetición de los casos y las fotografías de los hallazgos de los cuerpos se viralizan y crean un efecto espectacularizado que contribuye a la ficcionalización de la trama.

Entre los reclamos y los puntos de la convocatoria apareció el «debe» que tienen los medios respecto de este tipo de coberturas. En general, el tratamiento

María Belén
Rosales

periodístico de la marcha fue abarcativo y dio cuenta también del rol de los medios hegemónicos argentinos que dimensionaron el impacto político de la convocatoria tras las coberturas que suscitó la marcha en periódicos internacionales como *El País*, de España, y *The Guardian*, de Inglaterra. Pero fue en la arena de las redes sociales donde se visibilizaron y se profundizaron las reflexiones críticas respecto del concepto de violencia mediática.

La marcha aglutinó al amplio espectro ideológico-partidario de actores que se sumaron a subir fotos con la consigna, como parte de una estrategia política en un año electoral. La preocupación latente de las activistas sobre lo que hace siempre el mercado con los objetos masivos es que fuera banalizado, incorporado a sus lógicas mercantiles y vaciado del contenido y de la potencia transformadora que vislumbraba. En este marco, en algunos posteos de las activistas, la preocupación giraba en torno al riesgo de ser captadas por «la derecha» en un año electoral, por «la hegemonía mediática» o por «los líderes de la televisión proxeneta».

El principal reclamo que se hizo viral en Twitter y en Facebook, pero también en listas electrónicas de discusión temática y en blogs, fue la instrumentación en su totalidad de la Ley 26.485 de Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres, reglamentada en 2010. Muchas de las reapropiaciones del #NiUnaMenos que activistas feministas pertenecientes a diversas organizaciones sociales y políticas han hecho en la denuncia de los diferentes tipos y modalidades de violencia que sufren las mujeres, ha dado lugar al reclamo, a la visibilidad y a la petición de acciones concretas por parte del Estado respecto del secuestro y de la desaparición por redes de trata de mujeres y de niñas con fines de explotación sexual, ni una menos por abortos clandestinos, celeridad en la justicia por casos de abuso sexual, entre

María Belén
Rosales

otras. Asimismo, en la problematización de la violencia mediática como una de las dimensiones estratégicas hacia un cambio cultural.

La antropóloga argentina Rita Segato (2003) esgrime que el cuerpo es nuestro último espacio de soberanía, lo último que controlamos cuando todas nuestras posesiones están perdidas. Las afinidades semánticas entre cuerpo y territorio, dentro del paradigma colonial, son infinitas. La agresión sexual, física, a los cuerpos feminizados expresa una dominación, una soberanía territorial. De allí que una violación cruenta ejercida contra los cuerpos feminizados pueda ser comprendida en tanto mensaje de soberanía territorial escrito por grupos o por fraternidades masculinas sobre un territorio-cuerpo emblemático.

El #NiUnaMenos surgió en principio como un grito colectivo para decir basta a la violencia femicida, y en sus derivas abrió a la posibilidad de nombrar las múltiples violencias, sus causales históricas y políticas, que pesan sobre los cuerpos y sobre las vidas de las mujeres en el plano simbólico, mediático, material y psicológico. Para muchas activistas y ciudadanxs que nunca habían militado o intervenido en esta problemática social, la marcha constituyó un horizonte de posibilidad para un debate político, cultural y comunicacional más amplio y complejo de visibilización, de denuncia y de acción transformadora de las estructuras jerárquicas y excluyentes de género en la trama de nuestra cultura.

En términos cuantificables, como hemos visto, la red social que resultó privilegiada en su uso para difundir la convocatoria, para compartir y para pos-tear información e imágenes y para viralizarlas en páginas, muros, eventos y grupos, ha sido Facebook. Ahora bien, los usos multimediales que ofrecen las redes, muestran a las claras que las herramientas virtuales, así como las

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género



herramientas normativas que constituyen las leyes, no implican por sí solas una conquista en términos de transformación si no son articuladas y usadas en el marco de una serie de prácticas integrales para generar movimientos y nuevas posiciones enunciativas y transformadoras del orden simbólico-cultural heteropatriarcal jerárquico, violento y excluyente.

Esta concepción de la comunicación multimedial y de los activismos digitales implica dimensionar prácticas y saberes que confronten la experiencia de los modos de dominio naturalizados para cambiar la vida colectiva, concreta y materialmente. De allí, la importancia que la masiva marcha adquirió para muchas feministas en términos de la obtención de respuestas inmediatas por parte de algunos sectores del Estado ante la presión social que ejercieron las proclamas y los reclamos tanto en el terreno virtual como en la arena pública.

En esta coyuntura, se vuelve menester plantearnos una mirada crítica y estratégica sobre los discursos universalistas que resultan excluyentes de las particularidades genéricas, étnicas, sociales, así como se plantea también determinar algunos de sus efectos victimizadores. Hacernos cargo de la violencia simbólica en torno a las expresiones de género en las dinámicas multimediales y de la manera en la que podemos reproducir o desplazar determinados efectos discursivos en una acción transformadora, supone asumir éticamente los efectos de poder del discurso, lo que resulta fundamental para las prácticas de apropiación que activistas feministas despliegan en la arena virtual.

En este marco coyuntural, hizo sentido la convocatoria #NiUnaMenos, pero es menester resaltar que una vez lanzada a las redes la consigna, en los twits no se mencionaron las efemérides que el movimiento feminista ha conmemorado y ha reivindicado históricamente, del mismo modo que no hubo referencias

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

explícitas a las posiciones políticas e ideológicas del feminismo como movimiento social heterogéneo que desde principios de siglo ha producido saberes en nuestro país.

LOS ESTUDIOS CULTURALES INGLESES: DEBATES FUNDANTES Y MARCOS EXPLICATIVOS DEL FENÓMENO

En el intento por historizar los debates públicos y las tensiones políticas que ameritó la marcha, nos proponemos relevar las teorías y las indagaciones críticas fundantes sobre los modos en los que se representan la organización genérico-sexual, los procesos político-comunicacionales y los medios de comunicación como dinamizadores de los modos de vivir y de percibir las relaciones de género y sociosexuales. A fin de reconstruir el mapa de debates epistemológicos y conceptuales sobre nociones y perspectivas nodales del campo de los estudios feministas, de géneros y sexualidades y su articulación crítica con los estudios de comunicación y cultura, nos planteamos atender a la presentación de las tramas genealógicas que dieron lugar a la construcción de distintas categorías, problemas y objetos de estudio referidos a estos temas, en vinculación con los movimientos políticos y con los procesos históricos que los acompañaron.

Estas configuraciones entre cultura, condiciones históricas y luchas emancipatorias genérico-sexuales y de otros diacríticos identitarios proceden de la intensificación de la cultura en tanto dimensión de las luchas políticas en relación con la comunicación y el género. El discurso moderno de la ciudadanía, el discurso científico, jurídico, historiográfico, literario, filosófico, se enfrenta en la actualidad a desarrollos teóricos como la historia discursiva, el concepto

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

de género como categoría de análisis histórico, la perspectiva poscolonial e intercultural, así como algunos planteos de la teoría performativa de género, entre otros. Se trata, por supuesto, de un recorte entre otros posibles que se considera valioso en la búsqueda de la desnaturalización de las exclusiones y de las violencias contemporáneas que se sostienen en esa compleja relación entre política, género y producción de conocimiento.

Nos proponemos, entonces, mapear los tópicos, los escenarios y las modalidades donde los estudios en comunicación y cultura –aún desde las perspectivas más instrumentales de lo comunicacional – han enriquecido y han agudizado su mirada en torno al valor crítico de la diferencia de género y –de manera inversamente proporcional– explorar aquellos donde los estudios de género han podido ganar en especificidad y en sutileza a partir de los aprendizajes y de las focalizaciones aportadas por las investigaciones críticas de la cultura en Inglaterra y los estudios de comunicación en América Latina, desde sus diferentes escuelas o teorías.

El corpus, que de ninguna manera se presenta en este trabajo con pretensión de exhaustividad, comprende la historización de los debates presentes en las producciones académicas de autorxs que, instalados explícita o implícitamente en el campo de la comunicación y la cultura o en las epistemologías del género, focalizan temáticas, herramientas y/o perspectivas «del otro campo» (Elizalde, 2009: 133), a fin de revisar las vinculaciones existentes entre ambos, de bucear en las dificultades y en las potencialidades de los cruces, y de reflexionar sobre los alcances teóricos, metodológicos y políticos de estas experiencias de transdisciplinariedad en los estudios culturales ingleses.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

Los estudios culturales no representan ni un cuerpo homogéneo de saberes ni, mucho menos, agrupan formas preestablecidas de prácticas intelectuales. Es decir, una vez que es posible establecer su desvinculación disciplinaria y su clara vocación política, es fundamental fijar sus diferencias. Para ello, hay que establecer la vertiente de los Estudios Culturales británicos de 1950, a los que suele atribuirse la formación del concepto a partir de los trabajos pioneros de Raymond Williams. El impacto de la tradición culturalista británica acaba influyendo decisivamente en la eclosión del *Centre for Contemporary Cultural Studies* (cccs) de Birmingham, donde los trabajos de Richard Hoggart y de Williams terminan por situar en la agenda académica las distintas prácticas culturales populares como objeto de estudio. Es especialmente interesante, además, el hecho de que utilicen elementos metodológicos procedentes de los estudios literarios: el estudio de la cultura puede abordarse desde muy diversas disciplinas (sociología, antropología, etc.), pero a diferencia de estas, que emplean sus propias metodologías, los estudios culturales parten de la idea de que el texto (sea este un diario, una novela, una revista, una película, un videojuego, etc.) es una «serie estable de sentidos», de modo que el análisis textual es fundamental, siempre bien entendido que la lectura de todo texto es necesariamente intertextual (Pulido, 2003: 122).

La complejidad y el compromiso de su prolífica obra, abrió campos insospechados para trabajar en las intersecciones entre cultura y poder. De ahí provienen las tradiciones más sólidas en estudios culturales vinculadas a las investigaciones cinematográficas, musicales, literarias, feministas, de consumos culturales, entre otras, en dos vertientes que no siempre confluyeron: el culturalismo y el estructuralismo, discusión que fue presentada por otra figura central de los estudios culturales de Birmingham, Stuart Hall (1980, 1992). Los estudios culturales, pues, se plantean como una corriente que se orienta hacia

María Belén
Rosales

el estudio de los textos y de las prácticas culturales, y que ubica en primer plano las implicaciones ideológicas que intervienen en su producción, en su consumo y en su recepción.

Una de las principales aportaciones de los estudios culturales fue incorporar al estudio académico y definir críticamente lo que se denomina baja cultura o cultura popular. En ese aspecto, la referencia dentro de los estudios culturales a la terminología clásica del marxismo ha ido perdiendo peso a favor del uso de otros conceptos, igualmente inspirados en el marxismo, pero más precisos a la hora de mostrar el trazado de relaciones de poder que se da en la cultura. En ese sentido, el concepto de ideología de Louis Althusser ([1970] 1988) y el concepto de hegemonía acuñado por Antonio Gramsci (1984) se han revelado sustancialmente más productivos. Desde esos conceptos más flexibles, la cultura popular ya no es simplemente un escenario presionado por el poder sino un escenario híbrido donde chocan distintas intenciones, donde un elemento ideológico que refuerza el discurso hegemónico puede ser desmantelado y/o subvertido. Dicho de otro modo, los textos y las prácticas culturales no tienen un significado intrínseco y limitado, sino que el significado se constituye de forma dinámica.⁴

Para Hall (1994) dos paradigmas caracterizaron la producción del círculo de intelectuales cercanos a Birmingham, «el culturalista» que asumía al sujeto, tanto en su dimensión individual como colectiva, como libre de asignar y de construir significados para reinscribirse en el marco de las instituciones sociales, y «el estructuralista / postestructuralista», que enfatiza que el sujeto y las identidades son posiciones socialmente determinadas e ideológicamente estructuradas. Pese a que este trabajo suscitó una serie de polémicas centradas en la «inexistencia» de estos dos paradigmas, es un hecho que esta tensión

sigue presente en las perspectivas que ponen el foco en la capacidad creativa y productiva del sujeto y en las que asumen las determinaciones estructurales como dimensión ineludible del análisis cultural.

Si bien los estudios culturales se aglutinan en un primer momento en el CCCS de Birmingham y trabajan a partir de intereses comunes sobre áreas determinadas (Pulido, 2003), lo cierto es que la irrupción de nuevas corrientes de pensamiento desde los mismos años sesenta plantea nuevas preguntas y nuevos retos a la disciplina. Si como afirmaba Jonathan Culler (2000), en una de las definiciones más simples y certeras de los estudios culturales, estos abordan el modo y el grado en los que las fuerzas culturales nos conforman como sujetos y nos interrogan sobre el modo en el que «podemos usarlas para otros propósitos, ejercitando nuestra agencia» (2000: 60), el catálogo de interrogantes se ve necesariamente modificado en el momento en el que entran en escena acontecimientos como los procesos de descolonización, la articulación del feminismo de la segunda ola, los movimientos por los derechos civiles y los movimientos sociales e intelectuales que ponen de relieve las identidades obliteradas por el discurso normativo y que reclaman su visibilización, tanto como la necesidad de revelar de qué modo han sido borradas, silenciadas o emplazadas en los márgenes.

El problema de la representación

En Inglaterra, hacia mediados de los setenta, feministas que trabajaban en las ciencias sociales empezaron a generar un cuerpo de conocimiento sobre cómo se representaba a hombres y a mujeres en los contenidos de los medios de comunicación y los efectos que esto tenía sobre su audiencia. Desde el

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

cccs de Birmingham, David Morley (1986) analizó la revista de noticias sobre televisión *Nationwide* y Dorothy Hobson (1982) estudió la telenovela (*soap opera*) *Crossroads*. En ellos se observan menos los contenidos y los canales de los medios, y mucho más la familia y la mujer televidente de telenovelas. La visión del hombre y de la mujer varía respecto de la casa: mientras que para el hombre es un lugar de descanso; para la mujer es un lugar de trabajo; de allí que tengan percepciones diferentes de las mismas *soap operas* (Sorice, 2005). Así nació el «criticismo feminista cultural de la TV».

Los investigadores de Birmingham, en lugar de estudiar «cuántas personas» consumen un determinado programa de televisión, como harían los funcionalistas, prefieren analizar «cómo lo hacen» y «qué hacen» con las transmisiones que han visto (Sorice, 2005: 145). El interés se centra en las dinámicas de disfrute, interpretando o usando lo visto en televisión. Fijarse en «cuántas personas» supone considerar a la audiencia como pasiva; fijarse en «cómo» y en «qué hacen», la considera como activa.

También se inscriben en este paradigma las investigaciones de Mary Ellen Brown (1994) sobre el disfrute femenino de las *soap operas*. Estas son de tipo patriarcal, pero las mujeres producen en grupo formas de resistencia: desde poner en ridículo las conductas machistas hasta develar los estereotipos. La autora distingue dos formas de disfrute: el «placer activo» de oposición táctica a los modelos machistas dominantes, como oposición a corto plazo, y el «placer reactivo» que se organiza estratégicamente frente a tales modelos, como oposición a largo plazo.

Esta investigación de las «imágenes de la mujer» fue criticada por feministas que trabajaban con otras bases teóricas, como el estructuralismo y el

psicoanálisis, y produjo un debate generalizado sobre las cuestiones de la representación. Las críticas a la tradición de «imágenes de la mujer» llevaron al desarrollo de un foco clave de estudios feministas a propósito de cómo los medios de comunicación, el cine y los estudios culturales trabajaban los procesos y las prácticas de representación para producir ideas sobre qué significa ser mujer. Los estudios culturales feministas también aportaron ideas –y recibieron a su vez aportaciones– en los debates generales sobre cómo analizar y cómo teorizar la cultura, especialmente en el CCCS de Birmingham.

Ahora bien, desde el nuevo contexto posmoderno, la pretensión de los estudios culturales no puede ser ya cartografiar la realidad y las redes que la entretejen con los textos culturales, sino mostrar cuáles son los dispositivos culturales que nos forman como sujetos. Jean Baudrillard (1978) ofrece un planteamiento más que sugerente con su concepto de «cultura del simulacro», en el que la distinción entre realidad y representación se difumina, y ambas se conciben como ámbitos que se experimentan simultáneamente. Dicho de otro modo, la simulación «es la generación por modelos de algo real sin origen ni realidad» (Baudrillard, 1978: 5). No se puede separar, pues, la realidad de su representación, lo que proporciona argumentos para entender definitivamente que la cultura no es un sistema de representaciones que «copian» o que «reflejan» la realidad y los sujetos, sino un auténtico dispositivo –utilizando el término foucaultiano– que los genera y los produce.

En este punto, es menester asumir que nos situamos en el debate de la teoría contemporánea en el pasaje de las representaciones a las performatividades, en tanto puesta en acto y escenificación de los pasajes de los conceptos a las relaciones, de los objetos a las situaciones, de las descripciones a las narraciones, ya que entendemos que la representación situada es puesta en acto, performance.

María Belén
Rosales

El problema del análisis del contenido

La relación entre los medios y la realidad que ha resultado problemática en el paradigma de investigación de los pioneros estudios culturales en Inglaterra se basa en la asunción de que los medios de comunicación actúan como una «ventana hacia el mundo», que sus imágenes son, o deberían ser, un reflejo o una representación de la sociedad. El problema que las investigadoras achacaban a las imágenes de la mujer era que los medios no estaban al día con los cambios sociales «reales» –había un «desfase cultural»– y, por lo tanto, los medios estaban representando mal a las mujeres y trabajaban para reforzar imágenes «tradicionales».

Esto conlleva algunos problemas: si se supone que los medios representan mujeres «reales», esto implica que podemos ponernos de acuerdo acerca de qué constituye exactamente un modelo «real» de feminidad y que los medios pueden mostrarlas, simplemente, como son (Walters, 1995). Como afirma Charlotte Brunsdon, «pedir imágenes más realistas es siempre un argumento a favor de la representación de “tu” versión de la realidad» (citado en van Zoonen, 1994: 41). Además, estas investigaciones asumen que lo que significa ser un hombre o una mujer es simple, autoevidente, invariable e ignora las maneras en las que las identidades de género se intersectan por otras formas de identidad cultural como la raza o la clase.

El problema del análisis de la recepción

En el intento por analizar la representación de las imágenes de la mujer en los medios, la idea de que esos mensajes mediáticos son autoevidentes y

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

transparentes en este tipo de investigaciones asume que los mensajes mediáticos tienen un efecto directo sobre sus audiencias. Al pretender medir los cambios en el comportamiento y en las actitudes de las audiencias expuestas a tipos particulares de material, estos trabajos llegan a menudo a conclusiones del tipo: «Ver mucha televisión lleva al público infantil y adolescente a creer en roles sexuales tradicionales» (Tuchman, 1978: 37). Sin embargo, no se puede asumir el significado de los textos.

Todos los textos son inherentemente «polisémicos» –es decir, capaces de generar significados múltiples– y, como resultado, aunque un texto puede tener una «lectura preferente», no implica que sea descodificado de la misma manera por todos sus consumidores (Hall, 1980). Asumir que todo el mundo interpreta un texto de la misma manera es asumir que el texto es todopoderoso y la audiencia totalmente pasiva (o que son «imbéciles culturales») o que todos los miembros de la audiencia comparten idéntica formación cultural y disponen de recursos idénticos. Como resultado, es necesario considerar cómo «el significado del texto se construirá de manera diferente según los discursos (conocimientos, prejuicios, resistencias, etc.) que la lectura aporte al texto» (Morley, [1992] (1996): 57).

Como gran parte de la crítica ha argumentado desde entonces, los medios de comunicación no representan bien o mal identidades genéricas sino que trabajan para construir y para estructurar el significado del género. Las formas mediáticas, por tanto, participan en la construcción de lo que significa ser mujer en un contexto histórico y geográfico concreto, con significados que son a menudo «contradictorios y discutidos» (van Zoonen, 1994: 34). Este argumento, según el cual «las representaciones no expresaban una realidad previa, sino que constituían la realidad de manera activa» (McRobbie, 1997: 172),

María Belén
Rosales

daría forma a un amplio abanico de trabajos feministas en estudios de cine, de medios y de estudios culturales.

Evidentemente, estas imprecisiones metodológicas no empañan la aportación de las feministas que participaron en el debate sobre las «imágenes de la mujer» y que levantaron el pensamiento feminista y lo situaron no solo en la academia sino en el mismo corazón de los estudios culturales. Así, durante los años setenta estos fueron incorporando, como ya se ha dicho, el interés por el estudio del género y de la sexualidad, tanto como por otras diferencias identitarias (como la etnicidad), influidos también por autores como Michel Foucault y Pierre Bourdieu. De ese modo, la segunda oleada de investigadores británicos del CCCS modificaron el enfoque de sus investigaciones e intentaron «mostrar más la resistencia cultural de los grupos sin poder que el valor de estos frente a la interpretación tradicional de las culturas dominantes (clase alta, varón y blanco)» (Cañero, 2002: 37).

Entre los investigadores de esta segunda hornada cabe destacar, por su especial relevancia en los estudios culturales feministas, a Ángela McRobbie, cuyo libro *Feminism and Youth Culture* (1991) trabaja –como en el caso de Betty Friedan (1963), en Estados Unidos– sobre las revistas para mujeres, concretamente jóvenes. Su perspectiva, en este y en otros trabajos, es diametralmente distinta a la de Friedan, puesto que McRobbie enfatiza cómo ciertos mensajes pueden ser positivos y proporcionar un marco de empoderamiento. De hecho, en su obra puede trazarse la incipiente irrupción del feminismo de la tercera ola, pues ya se constatan en ella las divergencias entre las generaciones jóvenes de mujeres y el pensamiento feminista clásico.

María Belén
Rosales

VISIONES ENFRENTADAS ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE LA CULTURA POPULAR Y LAS MUJERES

Pese a que los ejemplos de Friedan y de McRobbie pueden entenderse como opuestos, en la medida en la que la primera achaca a la cultura popular muchos de los males que amenazan a las mujeres y la segunda la considera un espacio de resistencia ante la cultura dominante en el que las nociones de género y de sexualidad también encuentran alternativas, la posición del feminismo respecto a la cultura popular no ha seguido una evolución plácida, pasando del rechazo al interés, sino que es más compleja y comprende diversas aproximaciones.

Según Lana Rakow (1998), los acercamientos feministas al análisis de la cultura popular pueden resumirse en cuatro grandes modos: 1) el análisis de las imágenes de la mujer producidas por la cultura popular; 2) la recuperación y la relectura de la cultura popular creada por mujeres; 3) el estudio de la recepción y del consumo de la cultura popular por parte de las mujeres, y 4) la formulación de una teoría cultural feminista. Estas aproximaciones mantienen una visión divergente sobre qué es y qué posibilidades ofrece la cultura popular a la causa feminista. Difícilmente puede decirse que el feminismo ha pasado o ha evolucionado de unos planteamientos a otros, sino más bien que estos conviven y se alternan.

Durante la década de los noventa, por ejemplo, el debate muestra la convivencia entre visiones enfrentadas acerca de las relaciones entre la cultura popular y las mujeres. Un hito en la discusión de aquel momento es el célebre libro de Susan Faludi, *Reacción: la guerra no declarada contra las mujeres* (1992), donde la autora retoma los planteamientos originales de Friedan y culpa a los medios y la cultura popular de intentar socavar los logros del

María Belén
Rosales

feminismo de la segunda ola. El libro, sin embargo, coincide cronológicamente con aproximaciones radicalmente opuestas, en las que no solo se parte de una visión más optimista de lo popular sino que sostienen justamente lo contrario: que los medios y la cultura popular han incorporado la perspectiva feminista produciendo nuevas significaciones de género que serían impensables sin el impacto del feminismo. En ejemplos contemporáneos, esto se observa en la irrupción de nuevos modelos de heroínas en los medios, de retóricas y de narrativas en torno a vínculos sexo-afectivos no heteronormativos, etcétera. Ahora bien, a esta visión optimista se siguen otros debates: ¿son estos logros una concesión de la industria? ¿Es la forma en la que el discurso hegemónico neutraliza los discursos oposicionales incorporándolos?

Lo popular en lo masivo o el desborde conflictivo de las fronteras

El feminismo se sitúa, en fin, en dos posiciones simultáneas respecto a lo popular: en parte, se coloca por fuera y contra la cultura popular, que la ve como algo impuesto sobre «la gente» y, por tanto, como una forma «no auténtica» de cultura, una «cultura “para la gente” totalmente controlada» (Bennett, 1986: 19). Desde esa perspectiva no solo es que la cultura popular producida comercialmente sea degradada sino, también, que «las personas que la consumen y disfrutan son degradadas por tales actividades o viven continuamente en un estado de “falsa conciencia”» (Hall, 1981: 232).

Otra parte, en tanto, asume su estudio como un área prioritaria de trabajo, entre otras razones porque se entiende que la formación de las subjetividades contemporáneas, lo que incluye las marcas de género, pasa necesariamente por el universo de lo popular. Es decir, un sentido de «popular» iguala la

María Belén
Rosales

cultura popular con la cultura de masas; otro, distingue una cultura popular «auténtica» de las formas «no-auténticas» producidas masivamente –como la televisión y las películas– «para la gente» pero no por ella. Para Hall, esta definición es problemática porque asume que hay «una cultura popular completa, auténtica y autónoma, que se encuentra fuera de [...] las relaciones de poder y de dominación cultural» (1981: 232). En el caso de la crítica feminista, esto implica, a menudo, que la «cultura de las mujeres» existe de algún modo «fuera» del patriarcado.

Hall (1981) defiende que «lo popular» es, simplemente, parte del proceso por el cual se clasifican los textos y, como resultado de esto, ningún texto o práctica es inherentemente popular o elitista en su carácter, sino que puede moverse entre los dos a medida que cambian las condiciones históricas. Por esta razón, y al igual que otros críticos, ofrece una manera alternativa de conceptualizar a la cultura popular: esta no debería verse, simplemente, como el medio a través del cual grupos dominantes imponen sus ideas sobre grupos subordinados o como el medio a través del cual grupos subordinados resisten la dominación, sino como un espacio de lucha, como un lugar donde se desarrollan los conflictos entre los grupos dominantes y los subordinados, donde se construyen y se reconstruyen continuamente las distinciones entre las culturas de estos dos grupos. Esta aproximación convierte en centrales tres ideas clave: que el análisis de la cultura popular siempre es el análisis de relaciones de poder; que estas luchas, y lo que se pone en juego en ellas, debe estudiarse siempre históricamente; y que la subjetividad –o nuestro sentido de quién somos– debe estudiarse también históricamente.

Esta manera de entender la cultura popular ha sido central para muchas feministas cuyo trabajo se ha nutrido de los estudios culturales. Las identidades

María Belén
Rosales

marcadas genéricamente y las formas culturales se producen, se reproducen y se negocian en contextos históricos específicos dentro de relaciones de poder específicas y cambiantes. De allí que en el corazón de las ciencias sociales diversas perspectivas teóricas, epistemológicas y de método del campo feminista y queer se hayan ocupado de interrogar el valor crítico de la dimensión experiencial en clave de género, así como su poder configurador de conocimiento sobre la propia vida y sobre la de los «otros culturales» en cada contexto, como el fundamento de un programa político emancipador para las mujeres y para otros grupos históricamente silenciados por el discurso social y académico como material básico para indagar las transformaciones en la cultura contemporánea.

Se torna relevante en los estudios culturales la pregunta por las condiciones de existencia y de experiencia como una unidad de expresión, de percepción y de valoración del mundo como núcleo de los debates en torno a la relación entre representación e igualdad cuando se concibe la experiencia como «expresión» de las distribuciones sociales, y la posibilidad de especificar las luchas culturales en el análisis de los modos simbólicos de producción del vínculo entre experiencia e inteligibilidad, en las discusiones sobre la construcción intelectual y política de las diferencias (Delfino, 1999).

Lo «femenino» y la cultura popular

Las investigaciones y las teorías feministas sobre la relación entre la feminidad y la cultura popular no se han estructurado, simplemente, a través de una preocupación por analizar «cosas de mujeres» sino que se han basado en una concepción de la cultura popular que Hall (1981) analiza en el sentido de

María Belén
Rosales

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

«lo popular» como un lugar de lucha que tiene mucho que ofrecer al feminismo. Desde esa perspectiva, por ejemplo, la masculinidad y la feminidad no son identidades ni categorías culturales fijas, sino que sus significados se construyen y se reconstruyen en condiciones históricas específicas. Además, el autor no solo nos fuerza a pensar en cómo las identidades genéricas son producidas en relaciones de poder específicas sino, también, en como las identidades genéricas (dentro y entre contextos históricos) son atravesadas por otras formas de identidad cultural que son estructuradas, a su vez, por relaciones de poder.

Como resultado, la feminidad no solo viene a significar cosas distintas a través del tiempo sino que en cualquier momento histórico habrá conflictos acerca de su significado. Por ejemplo, la feminidad de clase media blanca no solo se ha privilegiado por encima de otras formas de identidad femenina sino que solo obtiene su significado a través de su diferencia respecto a formas de feminidad clasificadas como «desviadas» o como «peligrosas», identidades identificadas, por lo general, con mujeres negras y con mujeres blancas de clase trabajadora (Young, 1996). Sin embargo, las características adscritas a estas distintas formas de feminidad, y sus relaciones recíprocas, no están fijadas sino que se transforman en contextos históricos específicos. Además, incluso el significado de la feminidad de clase media blanca no es unitario y estable sino que está sujeto a la contestación dentro de un periodo histórico.

Sandra Harding (1991) expone que para cualquier política feminista sostener la idea de una unidad esencial de la condición de género, que daría cuenta de las diversas experiencias y de los modos en los que las mujeres interactúan con sus condiciones materiales y simbólicas de existencia, supondría partir de un esencialismo ontológico de las identidades, ya que «tener experiencias de mujeres –siendo mujer– no es suficiente para generar conocimiento feminista;

todas las mujeres tienen experiencias de mujeres pero solo en ciertos momentos históricos algunas producen conocimiento feminista» (Harding, 1991: 286).

Por su parte, Teresa De Lauretis (1989) concibe críticamente la noción de experiencia como indisoluble de la subjetividad, en tanto interacción en constante redefinición y abierta a cambios por la práctica política, teórica y de autoanálisis. Para esta autora, la subjetividad solo es posible en el marco de ciertas configuraciones discursivas, y también opera como espacio de agenciamiento individual a partir del examen crítico de la propia posicionalidad en cada contexto. Es decir, como un proceso dinámico de construcción de costumbres que surgen de la interacción semiótica con el mundo.

[La experiencia o la propia biografía] es interpretada o reconstruida por cada una de nosotras dentro del horizonte de significados y de conocimientos disponibles en la cultura en un momento histórico dado, un horizonte que también incluye formas de compromiso y lucha política (...). Por lo tanto, la conciencia no está nunca fija, no se consigue nunca de una vez por todas, porque las fronteras discursivas cambian con las condiciones históricas (De Lauretis, 1986 citado en Alcoff [1988] 2001: 92).

Los estudios de género y feministas han debatido extensamente sobre la necesidad de revisar la categoría «mujer / mujeres» como foco prioritario y/o exclusivo de su análisis, por cuanto muchas han sido las críticas en torno a la tendencia a ontologizar este concepto, así como a convertir a su referente histórico –las mujeres concretas– en la base de la autenticación de una

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

experiencia («femenina»), concebida como evidencia incontestable y como punto de explicación originario y común basado en la vivencia compartida de la subordinación al varón y a lo masculino, que luego es usada por el/la analista cultural como fuente de autoridad de sus argumentos científicos, «iluminadores» de las vidas de las mujeres en sus textos.

Bajo la influencia de Jacques Derrida, la historiadora inglesa Joan Scott (1991) es una de las que, quizás, representa más acabadamente la perspectiva posestructuralista en el debate entre la instancia «narrable», en tanto superficie entendida como auténtica o «transparente», y la distancia o la tensión respecto a las prácticas concretas y a la intencionalidad del sujeto. Esta no total sutura del vínculo entre lenguaje y agencia señala, justamente, el carácter constitutivamente conflictivo de la subjetividad y de la experimentación personal desde el materialismo cultural. En efecto, para Scott (1991), la empresa primordial del feminismo debe apuntar a deconstruir no solo la naturaleza discursiva, ficcional, de toda representación, sino los presupuestos ideológicos que están en la base de cualquier producción lingüística, de allí que advierta la necesidad de asumir las implicancias político-epistemológicas de producir saberes en torno a la experiencia de género, en tanto diferencia cultural desde una concepción deshistorizada y desideologizada de la experiencia.

Para Scott (1999), al no historizarse los términos en los que el propio lugar de lectura y de interpretación intelectual se, la subjetividad del analista y su posicionamiento en la trama identitaria más amplia jamás son puestas en cuestión. Y esto porque «no son los individuos los que tienen experiencia, sino los

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

sujetos los que son constituidos a través de ella» (Scott, 1999: 64). Por ello es menester explicitar la posicionalidad histórica respecto de la matriz moderna colonial y patriarcal que organiza los modos de clasificación del mundo y las regulaciones culturales de las diferencias en el dominio científico.

CONCLUSIONES

Durante las tres semanas que llevó la gesta de #NiUnaMenos en 2015, la marcha –en tanto intervención colectiva significativa– se consolidó como hito constituido en las tramas culturales y en la relectura y en la reescritura de los procesos sociales, políticos y comunicacionales de nuestro país desde una perspectiva de género. Sin embargo como analistas sociales, militantes de género y comunicadoras consideramos que esta amalgama de sentidos fue apropiada por el reconocimiento de un conjunto de derechos en materia de géneros y de sexualidades y de ciudadanía comunicacional que han sido materializados en la Argentina mediante leyes y políticas públicas durante el período 2003-2015, y que han retomado las luchas emancipatorias de la militancia feminista y de los colectivos de diversidad genérico-sexual. Estas transformaciones político culturales abonaron el terreno para que la movilización fuera posible.

En paralelo, en la última década estos nodos problemáticos en torno a los activismos en el territorio público así como en el espacio virtual, la comunicación como herramienta de emancipación y de transformación, y el género como perspectiva crítica y emancipadora, como plataforma epistemológica y como campo de acción, han captado un interés creciente en el ámbito de producción del saber académico y han adquirido una importancia insoslayable en el

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

análisis de las transformaciones socioculturales de nuestra sociedad que han impactado con diversos grados de repercusiones, tanto en la cultura mediática, como en los escenarios socio-educativos, en experiencias y en prácticas colectivas de militancia y, fundamentalmente, en la revisión genealógica de los debates fundantes en el campo de saber académico comunicacional.

En este campo, los estudios culturales emergen, por un lado, en un momento de acumulación de tensiones, como una forma de hacerse cargo más que del reparto de «objetos» de estudio desde la lógica de las estructuras departamentales de las universidades, de una realidad que se desborda y que no es posible contener desde los límites planteados por las disciplinas. Se consolidan, pues, como respuesta al proceso de disciplinarización (y disciplinamiento) del saber. «Nacen» marcados, entonces, por un fuerte componente político que inmediatamente los sitúa en el territorio de «la sospecha» y del rechazo de aquellos que detentan el poder académico fundado en la compartimentación del saber. Por otro lado, surgen y abonan al campo comunicacional, como resultado de una tensión que se relaciona con un acercamiento de la atención teórica a las estructuras sociales y al contexto histórico como factores esenciales para comprender la acción de los medios. Esta línea analiza y describe las interrelaciones del conjunto de las prácticas a partir de un concepto de cultura como amalgama de significados, de valores y de prácticas sociales.

Los años setenta son clave en este cambio de perspectiva, en la medida en la que en esos años comienza a evidenciarse el debate en los medios políticos y académicos en torno a la cuestión de la «alteridad». En los ámbitos políticos y sociales, esos debates ganan terreno a partir de los movimientos anticoloniales, étnicos, raciales, de las mujeres, de las identidades sexuales, que se instalan con fuerza y que emergen como políticas que, también, acceden a

María Belén
Rosales

ámbitos de poder y de saber. La conocida ecuación planteada por Foucault quien profundiza en la crisis de la representación, el anuncio de la muerte del Hombre –que implica no solamente la desaparición de un ser que ha dominado en el campo del pensamiento y de la praxis política– y en los estudios sobre la sexualidad como discurso normalizador.

Los estudios culturales emergen con un fuerte contenido irruptivo ya que, al desmarcarse de los anclajes disciplinarios, convocan a especialistas provenientes de muy diversos campos interesados en proveer marcos interpretativos de los fenómenos sociales. Este enfoque permite indagar y percibir la trama discursiva –la trama de sentidos– de una sociedad al analizar las complejas relaciones entre instituciones, industrias, textos y prácticas culturales y, por lo tanto, aunque las cuestiones de representación del género son centrales, no son su única preocupación. Como ha argumentado McRobbie, «la preocupación de los estudios culturales feministas por las cuestiones de representación no deberían hacernos ignorar las contribuciones feministas a cuestiones sobre la política cultural y la experiencia vital» (1997: 64).

Para los estudios culturales, la opacidad que plantea el análisis de lo simbólico en relación con las condiciones materiales en las luchas simbólicas y en los modos de organización de las relaciones sociales implica analizar los conflictos variables entre diferencia y desigualdad para cuestionar el carácter automáticamente inclusivo de las democracias occidentales capitalistas. La pregunta por las condiciones de producción del debate culturalista en torno al género permite dar cuenta de la performatividad de la teoría al analizar las condiciones históricas de producción de conceptos como «género», «mujer/es», «femenidad», «cuerpo» e «identidad» y las relecturas o las reapropiaciones que atraviesan los materiales con los que trabajamos a fin de indagar la

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

especificidad de las prácticas y de los saberes que las luchas políticas por el cambio cultural hacia la emancipación de género han puesto en juego en el campo teórico y político de los estudios culturales en Inglaterra pero también en América Latina en las últimas tres décadas. 

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALCOFF, Linda [1988] (2001). «Feminismo cultural versus postestructuralismo: la crisis de identidad en la teoría feminista». En Navarro, Marysa; Stimpson, Catherine (comp.). *Nuevas direcciones* (pp.65-106). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ALTHUSSER, Louis [1970] (1988) *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.

BARTHES, Roland [1957] (2008). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BAUDRILLARD, Jean (1978). *Cultura y simulacro* (Trad. Pedro Rovira). Barcelona: Kairós.

BENNETT, Tony (1986). «Introduction: Popular Culture and the “Turn to Gramsci”». En Bennet, Tony; Mercer, Colin; Woollacott, Janet (eds.). *Popular Culture and Social Relations*. Milton Keynes: Open University Press.

BROWN, Mary Ellen (1994). *Soap Opera and Women’s Talk: The Pleasures of Resistance*. London: Sage Publications.

CHAHER, Sandra (2016). *Políticas públicas de comunicación y género en América Latina: entre andares y retrocesos*. Buenos Aires: Defensoría del Público.

CULLER, Jonathan (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.

DE LAURETIS, Teresa (1989). *La tecnología del género*. London: Macmillan Press.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

DELFINO, Silvia (1999). «Género y regulaciones culturales: el valor crítico de las diferencias». En Forastelli, Fabricio; Triquell, Ximena (comps.). *Las marcas del género. Configuraciones de la diferencia en la cultura* (pp. 67-84). Córdoba: CEA / Universidad Nacional de Córdoba.

ELIZALDE, Silvia (2009). «Genealogías e intervenciones en torno al género y la diversidad sexual». En Elizalde, Silvia; Felitti, Karina; Queirolo, Graciela. *Género y sexualidades en las tramas del saber* (pp. 129-188). Buenos Aires: Libros del Zorzal.

FALUDI, Susan (1992). *Reacción: la guerra no declarada contra las mujeres* (1992). Buenos Aires: Planeta.

FRIEDAN, Betty [1963] (1995). *The Feminine Mystique*. Nueva York: Dell.

GRAMSCI, Antonio (1970). *Antología*. México D. F.: Siglo XXI.

HALL, Stuart (1980). «La cultura, los medios de comunicación y el “efecto ideológico”». En Curran, James y otros (comp.). *Sociedad y comunicación de masas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

HALL, Stuart (1981). «Notes on Deconstructing “The Popular”». En Samuel, Raphael (ed.). *People’s History and Socialist Theory*. Londres: Routledge.

HALL, Stuart (1992). «Cultural Studies and its Theoretical Legacies». En Grossberg, Lawrence; Nelson, Cary; Treichler, Paula. *Cultural Studies*. Nueva York: Routledge.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

HARDING, Sandra [1987] (2002). «¿Existe un método feminista?». En Bartra, Eli (comp.). *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). México: PUEG-UAM Xochimilco.

MCROBBIE, Ángela (1997). «The Es and the Anti-Es: New Questions for Feminism and Cultural Studies». En Ferguson, Marjorie; Golding, Peter (eds.). *Cultural Studies in Question*. London: Sage.

MCROBBIE, Ángela (1991). *Feminism and Youth Culture*. London: The Macmillan Press.

MORLEY, David [1992] (1996). *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires: Amorrortu.

PULIDO, Genara (2003). «Cuando la cultura popular tomó la calle y la academia: sobre el lugar cambiante en los estudios culturales». En Pulido, Genara (ed.). *Estudios culturales*. Jaén: Universidad de Jaén.

RAKOW, Lana (1998). «Feminist Approaches to Popular Culture: Giving Patriarchy Its Due». En Storey, John (ed.). *Cultural Theory and Popular Culture. A Reader*. Nueva York: Prentice Hall.

SCOTT, Joan (1991). «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En Lamas, Marta (comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México D.F.: Universidad Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

SCOTT, Joan (1999). «Experiencia». *Hiparquia*, 10 (1), pp. 59-83. Buenos Aires: Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

SEGATO, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

SORICE, Michele (2005). *I media e la democrazia*. Roma: Carocci.

TUCHMAN, Gaye (1978). «The Symbolic Annihilation of Women by the Mass Media». En Tuchman, Gaye; Kaplan, Arlene; Benet, James (eds.). *Hearth and Home: Images of Women in the Mass Media*. Nueva York: Oxford University Press.

VAN ZONEN, Liesbet (1994). *Feminist Media Studies*. Londres: Sage.

WALTERS, Suzanne (1995). *Material Girls: Making Sense of Feminist Cultural Theory*. Berkeley: University of California Press.

YOUNG, Lola (1996). *Fear of the Dark: «Race», Gender and Sexuality in Cinema*. Londres: Routledge.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

LEY NACIONAL 26.485 (2009). Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales [en línea]. Recuperado de <<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/150000-154999/152155/norma.htm>>.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

LEY NACIONAL 26.522 (2009). Servicios de Comunicación Audiovisual [en línea]. Recuperado de <<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anejos/155000-159999/158649/norma.htm>>.

NOTAS

1 El artículo se inscribe en el marco de la tesis doctoral «Cibercultura mediática y violencia de género en la Argentina. Usos y apropiaciones de TIC en el caso de la marcha #NiUnaMenos (2015-2016)», realizada por la autora para el Doctorado en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

2 El uso de Twitter fue de carácter individual, respecto del uso por parte de colectivos y de agrupaciones feministas que se volcaron de manera preferencial al Facebook para la planificación y para la organización del evento y de las actividades relacionadas a las intervenciones que se realizaron en los 240 lugares donde se lanzó la convocatoria.

3 Ante la ausencia de estadísticas oficiales, la Asociación Civil La Casa del Encuentro produjo en 2008 el «Primer Informe de Femicidios en Argentina». Con el objetivo de ampliar y de profundizar los monitoreos, en 2009 se conformó el Observatorio de Femicidios en Argentina Adriana Marisel Zambrano.

4 En ese sentido, la aportación de la semiótica y del estructuralismo francés son fundamentales. El ya clásico trabajo de Roland Barthes, *Mitologías* ([1957] 2008), constituye la referencia inexcusable a la hora de mostrar no solo cómo los lugares comunes de la cultura, las prácticas cotidianas, los textos populares, constituyen nuestro propio imaginario, sino también cómo en todos esos elementos de la cultura popular no hay nada obvio. Así pues, en el ensayo «El mito,

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género

hoy», que constituye la sistematización teórica de este tipo de análisis, Barthes recupera la idea de que el mito es un cuerpo de ideas y de prácticas que intentan hacer pasar como natural y como eterno lo que es cultural y concreto, con la función última de imponer una ideología. No obstante, quizás lo más interesante es el análisis del mito desde una perspectiva semiológica, de modo que este nunca está limitado a una significación única, es polisémico, y descifrarlo depende de una serie de condiciones que pueden generar lecturas disruptivas. De ahí que, de nuevo, el mito pueda servir y, al mismo tiempo, desafiar al sistema cultural que lo ha generado.

María Belén
Rosales

#NiUnaMenos
y los debates
fundantes
en comunicación
y género